

Carmen Villoro

El habitante

*A mi hermano Juan  
porque en muchos momentos  
hizo habitable el mundo*

*El “pavo huido” es un delicioso platillo yucateco. Se trata del relleno del pavo, hecho a base de picadillo, verduras y especias. Debe su nombre a que se sirve solo, sin el pavo (que ha huido), pero de tal manera vinculado con él que es imposible dejar de nombrarlo.*

*De la misma manera que el pavo, el habitante de este libro se ha esfumado, no aparece nunca en la trama ni se hace referencia a él (a ella) sino a los espacios, objetos y situaciones que habita, usa y resignifica. No está sino su rastro, su tiempo, su invisible y contundente presencia.*

## Introducción

Lleno está de méritos el hombre;  
mas no por ellos sino por la poesía  
hace de este mundo su morada.

Hölderlin

Vivimos en casas, calles, puentes, estaciones, bulevares. Habitamos nuestra ciudad y ella se aloja en los recónditos dominios que llamamos el alma o el inconsciente. La ciudad no es sólo un conjunto de muros, columnas, arcos, cúpulas y materiales que conforman un diseño, sino aquello inmaterial que se produce de una manera mágica, poética, cuando los moramos, cuando hacemos uso de sus formas y sus dimensiones. Es, por ejemplo, la nostalgia que sentimos al recordar el patio que alguna vez fue nuestro, el poder extrañamente intenso que experimentamos en una plaza ocupada por la muchedumbre, el místico arrebató que nos imponen las altas naves, los vitrales a contraluz de una catedral gótica.

El arquitecto concibe el espacio, lo diseña, lo crea; los usuarios recreamos ese ámbito, lo vamos cubriendo con la textura de nuestros afectos, con la pátina de nuestros sueños. Avecindarse en un lugar significa bautizarlo. Le damos a los sitios nuestro transcurrir de tiempo y pedimos a cambio que formen parte de nuestro mundo interno.

Los espacios interiores y exteriores no están vacíos ni tienen un orden perfecto: el cojín deforme por el peso de un cuerpo, la columna de madera agrietada, un juguete sobre la mesa de la sala, la pintura descarapelada por la humedad de un muro, las manchas, los grafitis en las calles, las hojas de los árboles en una fuente, les otorgan vida y movimiento. ¿Cómo sabríamos, si no fuera por la huellas en la alfombra, que una casa está habitada? Gracias a ese amable desorden el mundo es vivible. Los objetos personales: una pluma, unos zapatos, la tina del baño, el mantel que casi siempre se deshace sobre la vieja mesa de madera; las acciones simples, como lavar unos calcetines o barrer una calle nos sumergen en un mundo de íntimos descubrimientos.

Las imágenes visuales con las que construimos el entorno son revelaciones de nuestros sueños, mitos, imaginación, recuerdos olvidados y olvidos que regresan. El inconsciente del hombre se plasma en estas formas y ellas se vuelven metáforas plásticas de aquello que nos pasa.

La oficina en un piso alto de un edificio con grandes vidrios desde donde se contempla la ciudad, nos brinda un estado de dominio, mientras que un recinto cerrado y fresco con ventanas altas que dejan pasar los rayos de luz como en un cuadro del Renacimiento, nos invita sin duda a la reflexión y al contacto con el espíritu. Al transitar por calles desconocidas generamos nuevos caminos para otros transcurrir, andar por las ya conocidas es recuperar momentos, amores, rutinas. Las plazas parecen haber sido hechas para que uno se abandone al calmo paso de la tarde, en ellas miramos las fuentes como lo que son: símbolos de nuestra índole germinal, de nuestro fluir acompasado. En los parques recuperamos la infancia: los columpios y las resbaladillas nos regresan un antiguo y familiar griterío.

Los espacios, los objetos, las situaciones simples le dan sentido a la existencia. En lo cotidiano se encuentra lo sagrado. En la intimidad que canta, a través de las pequeñas cosas, su grandeza.

Exteriores

## La ciudad

Los lugares confirman la existencia: aquí nacimos, allá fuimos a la escuela, en esa calle amamos. Trazar sobre la urbe una ruta es tener un mapa geográfico de nuestro tiempo transcurrido. Como Ariadna, hemos ido dejando el hilo de nuestras pasiones por los recovecos de este laberinto de asfalto, y como Teseo, encontramos la salida sólo cuando recorreremos con nuestro ovillo la misma trayectoria, es decir, cuando recordamos.

El encuentro con lugares antes habitados da constancia del paso de los años. Es la coincidencia de lo que permanece inamovible y lo que ya no está. Cuando volvemos a los lugares de nuestra infancia, nos parece asistir a una visión reducida de lo que en otro momento fue grandioso. La casa de la niñez tiene una fachada mucho más pequeña que aquella que recordamos dominando la cuadra como si fuera una muralla palaciega. ¿Este es el patio en el que cabalgaba la imaginación? ¿Este es el que ahora sólo cabe tan poco y antes albergó ejércitos, ciudades submarinas, llanuras desérticas?

A veces en cambio, el recuerdo es fiel. Nos percatamos entonces que el tiempo no ha pasado; nuestra juventud permanece intacta en algún cine, café, parque, o en un cuarto de algún departamento. Los árboles de la calle han mudado las hojas muchas veces, y nosotros hemos vivido toda una vida fuera de esos espacios, pero al asomarnos de nuevo en ellos, volvemos a escuchar el tema de esa vieja película que nos circunda con sus matices de luz y sus aromas. Una emoción antigua y actual nos embarga.

Los barrios de la ciudad son cajas de música: tienen un mecanismo interno, una tonadilla especial que activa en nosotros el entusiasmo o la nostalgia.

Cuando una ciudad cambia, violenta nuestro recuerdo. Donde estaba aquel camellón de árboles insignes se despliega prepotente un eje vial que arrastra en el caudal de coches la memoria. La demolición de ciertos edificios derriba no solamente muros sino partes de nuestra identidad. Tenemos la sensación, entonces, de que alguien atenta contra la intimidad. Algo muy personal y profundo se agrieta con la pérdida de los sitios que alguna vez habitamos.

## Avenidas

Avanzamos por la corriente de coches como piedras que lleva el río. Absortos en los pensamientos, pocas veces nos percatamos de lo que desfila ante la vista. Tenemos que llegar y pronto. Aunque no nos demos cuenta, infinidad e imágenes se filtran por los sentidos, avanzan por túneles y puentes de la memoria, llegan finalmente a ese remanso oculto donde se funden todos los caminos. Edificios, transportes, marquesinas, personas, gritos, colores, formas, corren a los costados mientras camina el auto. Encendemos el radio: hay música especial para los periféricos, música que refuerza el abandono, que nació del delirio urbano y que con él nos reconcilia.

Al atravesar la ciudad, pasamos por diferentes niveles del sueño y distintos estados del alma. Un túnel nos sumerge al interior de las pesadillas, vagos temores circulan en las sombras y al salir a la luz nos colma el alivio. Un paso a desnivel nos aleja vertiginosamente de nuestro centro. Atravesamos un puente: conectamos dos espacios

interiores, reconciliamos territorios, expandemos dominios. Todo sucede en secreto. Llegamos. La travesía queda en la ilusión difusa, la velocidad es la aliada de esa duermevela en que capturamos la ciudad.

El tráfico aumenta y el coche se detiene. Nos hacemos conscientes de las imágenes. A veces se siente el agobio, otras, experimentamos que el fluir del tiempo se detiene y tenemos extrañas revelaciones. La estética de lo urbano se hace de pronto presente: un grafiti en un muro desde una perspectiva nunca vista, las líneas de los cables contra el atardecer, una nube que se desplaza en silencio -¿al interior?- de un edificio de espejos, la luna que casi se desmorona al tocar los tinacos de un multifamiliar, el sol que se desvanece en el espejo retrovisor, un nido bajo la viga de metal en un paso de peatones, nuestra propia existencia, ahí de pronto, en la fragua de un momento singular, inmerso en este poético desorden.

## Plazas

Las plazas fueron creadas especialmente para no hacer nada. Quien concibe una plaza sabe que el espíritu necesita esos espacios de ocio donde el tiempo real parece suspenderse para dar paso al tiempo interior que tiene otro ritmo, que se rige por el reloj de la sangre y por el compás de la respiración. Sentarse en la banca de una plaza es permitirse, entre el barullo de la ciudad, un contacto íntimo con el cuerpo y el pensamiento. Miramos una fuente, las hojas de los árboles que sacuden diferentes tonos de verde, escuchamos a los pájaros entre las ramas o levantamos la vista al cielo y nos reconciliamos con el día: las horas por venir serán siempre mejores después de haber estado en una plaza.

Los fines de semana las plazas se divierten. Toca el cilindro sueños viejos o la banda deja caer sus gritos de metal. Las nubes bajan en forma de algodones para pintar las bocas de los niños. Hay aeroplanos y paracaídas diminutos salpicando el aire y las copas de los árboles.

Algo tiene el kiosco de carrusel, alrededor de él giramos al ritmo de una melodía silenciosa.

En las plazas volvemos a ser novios y niños. El amor florece entre los arbustos. Suenan los besos a paleta de limón y raspado de grosella. La imaginación se despliega en globos de colores.

La plaza es a la ciudad lo que la pausa a la palabra, ese espacio que le da sentido a lo que precede y sigue, el momento en el que se cobra conciencia del propio discurso, de la propia existencia. Su disposición arquitectónica de explanada en medio de edificios la convierte en un oasis horizontal entre nuestros verticales hábitos urbanos.

Es la plaza una llanura pequeñita, un estanque de asfalto visitado por el viento.

Las ciudades sin plazas se amotinan, se estresan, se van muriendo, son ciudades enfermas y cansadas. Las plazas son punciones, heridas que si se quiere, que necesita la ciudad para exudar de casas y calles sus tóxicos secretos.

En las noches las plazas son los sueños de los barrios. A ellas llega la luna y se sienta a la orilla de la fuente para esperar a que amanezca en la ciudad adormecida.



## Banquetas

Las banquetas se extienden innumerables. Forman el laberinto en el que quisiéramos perdernos. Cintas de luz y sombra, aluden al espacio pero también al tiempo. El camino es trayecto, su figura lineal nos sumerge en el transcurso, nos confiere la certeza del devenir. Irrepetibles y delgadas, las banquetas huyen de sí mismas, se persiguen formando manzanas, barrios y ciudades. Dan vuelta en las esquinas. Son siempre la misma y otra diferente. Suben, bajan, difícilmente se terminan.

Salimos a tocar con los pies la piel de la ciudad. Mientras se camina por ella uno se interna en su respiración. Al ritmo de nuestros pasos nos volvemos parte de su cuerpo doloroso y palpitante. ¡Cuántas veces pasamos por la misma calle! ¡Cómo vamos haciendo nuestros sus pliegues, sus escaños, sus reflejos, sus grietas! ¡Cómo hablamos con el ser que nos habita mientras pausadamente caminamos! Vacías o transitadas, desnudas, pobladas o desiertas, las banquetas nos recuerdan amores, despedidas, encuentros, soledades, permanencias.

La banqueta es camino pero también es patio: en ella juegan los niños a saltar líneas. Ahí encontramos trazas de gis, huellas de bicicleta, ecos apagados de pelota. En las aceras los novios se detienen a besarse, las abuelas se sientan a entretejer la tarde, los muchachos se desvelan, los amigos platican. La ciudad se hace íntima gracias a su espacioso anonimato. Por las banquetas se puede reír, llorar, amar y enloquecer.

En las banquetas hay árboles y charcos. Cuando llueve, nos parece estar pisando ciudades submarinas.

Sin banquetas, las calles serían largas llanuras de lava fría. Las banquetas le hacen posible al hombre las ciudades.

## Alcantarillas

Puertas cifradas. Vestigios de armaduras medievales. Predicciones de ciudades futuras. Alcantarillas. Signos de la presencia oculta del dragón. Párpados abiertos al sueño alterado de la urbe. Instantes que acceden a la visión de su propia oscuridad como los ojos de un ciego. Abajo, adentro están las nervaduras, las galerías donde los dioses castigados reparan sus alas. Alcantarillas. Cabezas de vena. ¿Quién conoce la sangre de la ciudad? ¿Quién ha visto sus glándulas? Innumerables arterias entretejen la vida de los hombres, ahí donde las raíces de los árboles se confunden con las raíces de los edificios y animales secretos orinan en las pesadillas de los que duermen. Largos y agudos vasos que nos nutren con el tiempo de los muertos. Alcantarillas. Registros de una respiración reticular y subterránea. Señales. Bocas para tragar la lluvia como la de aquél que se bebe su propio llanto. Bocas que nos muerden los pies cuando pasamos.

## Obra negra

Entrar a un edificio en construcción es acceder a la intimidad de lo inorgánico. Sólo ahí vemos tantos materiales así, en bruto: arena, piedra, cal, cemento, grava, fierro, plástico, aluminio. Nada más real y contundente que la presencia del polvo sobre el polvo.

Tanta realidad nos golpea, nos parece agresiva, procaz, grosera. Quizá por eso experimentamos tanto rechazo ante las construcciones inconclusas, pero también cierta fascinación. Advertimos esas formas, calizas estructuras de sombra que se levantan. Nos percatamos de que una casa en construcción es una condensación de tiempos: futuro por ser proyecto, líneas y luz que juntos son augurios. En cada tabique vive un presentimiento, cada golpe de mezcla es una conjetura, es lo que no es aún. Pasado porque muestra su procedencia sin pudor: las secreciones duras de la madre tierra, sus orgasmos oscuros y violentos, sus hijos petrificados están ahí, en la materia que usamos para nuestras modernas cuevas. Presente porque es proceso. Las construcciones inconclusas inquietan, perturban la tranquilidad interior como los malos sueños. ¿Qué tienen estos escenarios?, ¿por qué los asociamos siempre con suciedad y crímenes? Quizá sea su naturaleza paradójica la que causa tal desasosiego: es difícil distinguir una casa en construcción de una en decadencia. Se construye en forma de derrumbe, muestra desde el principio la carcajada inhóspita que al fin te acoge. Singular es el desorden de este espacio, los materiales conviven en el caos que busca el orden. También perturban los hombres que la habitan: personajes de sudor y asbesto, con los torsos desnudos, las axilas humeantes, las manos endurecidas. La tortilla fría, el zapato olvidado, no tienen mejor sitio que este derrumbe, no hay mejor coreografía para dejar tirado el casco del refresco.

Quizá esos escenarios nos recuerdan nuestras propias devastaciones creadoras, la obra negra que guarda las humedades de los sueños, el material primario y elemental con el que construimos nuestras pesadillas. Quizá por eso una fuerza secreta nos impele a entrar en las obras a medias, y cuando escuchamos el golpe continuo, rítmico, del cincel y el martillo en una cercana lejanía, los ruidos del tractor y del escombros, los reconocemos como una pulsación familiar, cotidiana, casi como el pausado latido de nuestra consciencia.

## Edificios

Altos y adustos, los edificios se yerguen desafiando la incredulidad. El arte y la matemática, el conocimiento y la intuición son los dioses que adoramos en estos templos modernos. La armonía y el equilibrio, que a pesar de nuestra devastación, puede tener el mundo.

Si los fenómenos naturales nos sobrecogen porque recuerdan nuestras partes más vitales, la estética de lo urbano convoca a la sensibilidad por contraste: la diferencia que sentimos entre los materiales fríos y nuestra tibia existencia. Un edificio cobra su sentido más álgido cuando vemos que una pequeña luz se enciende en una de las cincuenta ventanas el piso 39 y nos preguntamos por la historia que correrá parte de su cinta en ese inaccesible recinto.

Los edificios son gigantescos objetos, como un llavero o una mascada; el uso de los hombres les da vida y les otorga otra dosis de belleza. Cierto que son ingobernables, que

una vez contruidos adquieren esa orgullosa independencia que tienen las obras de arte, cierto que casi hablan por sí mismos, que casi dictaminan nuestro comportamiento, que nos volvemos obedientes bajo sus vastas sombras. Pero también nos conmueven porque de alguna manera adivinamos, casi oímos, el concierto de pasos apagados por infinitas y mullidas alfombras, el olor que despide la taza del café sobre un supuesto, anónimo escritorio. ¿Por qué habrían de ser bellas estas calles, si no por el cansancio de tantos amorosos encuentros, de tantas silenciosas despedidas? ¿Qué tiene una sucia estación del metro si no el aviso ilegible de que formamos parte de algo, de que no estamos muertos?

Andamos a la orilla de los edificios y tenemos la impresión de ser insectos en la grietas de la piel de un enorme animal palpitante.

## Departamentos

Nos hemos acostumbrado a vivir en el suelo de arriba. No imaginamos siquiera los metros de varilla que se despliegan hacia abajo -hacia ese otro suelo que alguna vez consideramos "el verdadero"-, la cantidad de cables que en secreto alberga el edificio, ni la ruta de invisibles tuberías que murmuran entre las paredes un recuerdo que no acierta a revelarse. Asumimos el abismo como si fuera un sueño, otro vacío que tampoco conocemos, poblado de circuitos igualmente inasibles. Nos dejamos sostener sin preguntarnos.

Hemos escogido habitar entre los materiales fríos, los más adustos. Parecería que el vidrio y el cemento, los planos rectos, las formas angulares y lineales son el continente necesario para nuestros cuerpos curvos y frutales. Superficies rectangulares, limpias, que dan marco a los desnudos secretos de los hombres: mar contra la piedra; árbol sobre el muro de cal; lumbre en la fragua del acero.

No nos preocupa la distancia de la tierra. Al interior de los departamentos cada quien construye una llanura. Cada quien tiene, en el buró o en el armario, sus cascadas particulares, sus bosques consentidos. Detrás de la cortina y debajo de las sábanas se accionan tormentas y naufragios de bolsillo. Entre cuatro paredes nos perdemos, somos el propio océano, buscamos el horizonte en la inmensidad de la memoria. El viaje al interior es infinito, y el infinito anhelo humea en las lejanas azoteas y se confunde luego con las nubes.

Coincidimos con los vecinos en este barco suspendido. Somos con ellos una tripulación accidental que navega por un tiempo hacia una meta incierta. Los vecinos son los fantasmas; aunque tengan, en lo particular, un rostro, en su conjunto las caras se disuelven, son presencias oscuras, voces incomprensibles, ruidos difusos o apagados que sirven de fondo a nuestra historia. Los vecinos son esa desdibujada compañía que a la vez nos tranquiliza y perturba; hacen las veces en el mundo de asfalto de los grillos y cigarras que alguna vez acompañaron a los hombres.

Lejos del bosque y de la selva, se tiene, sin embargo, la sensación de vivir en un árbol. Somos las aves modernas, los urbanos jilgueros que regresan al filo de la tarde a buscar la rama más tibia. Observamos de lejos la ciudad y, aunque nos reconocemos parte crucial de ella, la distancia nos permite mirarla, como se dice, "a vuelo de pájaro".

## Aparadores

Vemos la escena: alguien, en soledad, se enfrenta a una serie de artículos que social e íntimamente tienen diferentes significados. El que mira, no observa solamente formas, tamaños, precios. Un proceso interior singularmente complejo, ha iniciado con esta coreografía de estantes, maniqués, vestidos, zapatos y accesorios. La búsqueda es de otro orden: entre las gamuzas, el tacón, el encaje y los pliegues, esperamos encontrar la identidad o, cuando menos, algunas señales que nos lleven a ella. De esta manera, el aparador se convierte en un laberinto de innumerables recovecos cuyo inaccesible final sería la congruente y adecuada imagen corporal, que es siempre un espejismo.

Todo mundo cede a este desvarío. Nos detenemos ante los escaparates aunque no se tenga la intención de comprar. ¿Cómo me vería yo con esos zapatos?, ¿va conmigo el camisón de seda?, ¿me queda esa textura, ese color? Asistimos, sin saberlo, a un espectáculo de fantasmas: entre todas esas prendas que en apariencia nada tienen que ver con nosotros, siempre nos reconocemos.

El deseo se acciona cuando miramos un aparador. El arte de arreglar vitrinas es por ello un oficio tan péfido como aguzado: “te muestro una parte secreta de ti mismo, la congelo, la vuelvo inaccesible con un vidrio de por medio y, con ello, hago crecer tu anhelo”. Los maniqués en los aparadores revelan su carácter oscuro y misterioso.

Otros sentimientos también participan: envidia, admiración, duda, frustración. El espectador de una vitrina tiene que hacer, en el breve tiempo de su observación, un inventario de gustos y valores. Hace también negociación interna entre el impulso y la serenidad, antes de pasar al siguiente escaparate.

Por eso cuando alguien mira el aparador, no realiza un acto simple, sino que vive un drama cotidiano.

Fronteras

## Aeropuertos

Lo que antes era todo un acontecimiento, viajar en avión, se ha convertido en nuestros días en un evento cotidiano. Tomar un vuelo ya no significa portar abrigo y sombrero de fieltro. Ahora toma uno el portafolio y sale de la casa hacia el aeropuerto como si fuera a la tienda de la esquina. Sin embargo, los aeropuertos no han perdido su magia y una vez que uno se interna en ese espacio de corredores amplios, magnavoces, pantallas luminosas y gente en movimiento, una serie de emociones intensas nos embargan.

La primera es una sensación de libertad. Perdersé entre una masa de gente desconocida y heterogénea. La variedad de acentos, estilos de vestir, culturas, nos convierte de inmediato en un ser aceptable en su diversidad.

El anonimato nos alivia de todo vínculo, etiqueta, tradición. Compartimos con esa gente una sensación de triunfo y poder: habremos de volar hacia confines apartados, atravesaremos el tiempo y el espacio, accederemos a otros mundos en unas cuantas horas. Nos contagiamos del logro y la superioridad que no son otra cosa que el control del hombre sobre la naturaleza: tecnología y confort.

En ningún otro lugar nos enfrentamos, como en el aeropuerto, con el destino. Por más seguro que sea este medio de transporte, la pregunta se presenta: ¿llegaremos con vida a donde vamos?, ¿estaré en peligro en esta máquina que vuela a 10 000 metros y cuyo funcionamiento desconozco? En las salas de espera tenemos cuestionamientos existenciales, valoramos, prometemos, nos arrepentimos, nos reconciamos. Nadie lo podría asegurar, pero en realidad todos sabemos, que el señor de enfrente, mientras le da un sorbo al café y espera que le pidan el pase de abordaje, ha tenido una revelación instantánea, ha llegado a una conclusión importante, o ha entrado en contacto con esa parte suya que parecía olvidada. Vivimos con nuestros compañeros de vuelo una fraternidad efímera, un compadrazgo tácito, que se disolverá en otro aeropuerto, cuando nos volvamos a perder en el anonimato. Coincidimos en la sala de espera, el punto irrepitable del cruce de caminos.

El aeropuerto sigue siendo encuentro y despedida: dejar algo para comenzar; comenzar algo para olvidar lo anterior. No importa si el viaje es corto o largo, de negocios o esparcimiento, adentro de nosotros algo cambia para siempre, aunque a veces ni siquiera nos demos cuenta.

## El avión

Podemos sufrir la experiencia, gozarla, o pasar de un estado a otro en fracciones de segundo. Invariablemente nos preguntamos: ¿cómo puede mantenerse en el aire un monstruo que pesa toneladas?, ¿cuáles son las leyes de la física que impiden su desplome? Nuestra supina ignorancia y el hecho de habitar confortablemente ese “Palacio de Hierro” volador con música instrumental de fondo, nos lleva a admirar el poderío tecnológico del hombre. Miramos por la ventanilla y nos sentimos partícipes de la conquista de los cielos: sólo nosotros hemos sido capaces de ofrecer magníficos desayunos en cajitas de plástico elevados a 10 000 metros de nuestro hábitat natural.

Pero también nos acompaña el temor. A veces se trata de una leve inquietud, que desaparece una vez que se apagan las letras luminosas que indican “no fumar” y escuchamos la tranquilizadora voz del piloto indicando que todo se encuentra bajo control. A veces en cambio, basta un ruido desconcertante del proyector de la película para que se desate un estado de pánico en algunos pasajeros. Otros disimulan la angustia porque consumieron una dosis de narcóticos y alcohol capaces de dormir a un elefante.

Volar ha sido el sueño de los hombres. Ver desde la altura el mundo en su justo, empequeñecido tamaño. Dejar congojas terrenales y acceder a espacios donde el espíritu adquiere el sentimiento de lo inconmensurable. Poseer, aunque sea por un momento, la libertad del águila adolescente tan dueña de paisaje como de sus alas. Pero volar también es enfrentar el abismo, emprender la locura, alejarnos de la madre tierra. Con una alta dosis de existencialismo, uno se pregunta si de verdad le tocará morir junto a la gorda del asiento contigo, que se comió nuestra bolsita de cacahuates.

El lenguaje técnico poco puede contra el mágico. De nada sirve que las estadísticas prueben que el avión es el medio de transporte más seguro. Los aviones seguirán viajando cargados de pasajeros, de equipaje, y de todas las fantasías y símbolos que, junto con el hombre, atraviesan los océanos y los continentes.

## El tren

La vía del ferrocarril nos recuerda: hay destinos trazados e invisibles que habremos de tocar en su oportunidad, o que, simplemente, no habremos de tocar. Atrás quedan ciudades, rostros, aromas del recuerdo o del olvido. Abordamos el tren como quien asume el instante y entregamos el boleto al supervisor con la alegría de saber que existimos, que somos el pasajero verídico en la trama.

El ritmo que lleva el tren, su bamboleo, nos sume en un estado de duermevela. Las sensaciones y las imágenes del trayecto parecen parte de un sueño o de una historia contada a alguien, en alguna parte, por un narrador desconocido. La ventana hará las veces de pantalla: su tamaño y la velocidad a la que corre el tren lograrán un efecto de película con los poblados, las ciudades y los campos, que hará sentir que el afuera pertenece a otro plano de la realidad. Esta distancia con el propio mundo hace que sea bueno reflexionar a bordo de los trenes, tomar decisiones.

Por la noche, el tren nos confiere el sereno reposo del que sabe que atraviesa distancias innumbrables. Esos trenes con sus cortinas, camas, salones de estar y comedor tienen la magia de hoteles trashumantes donde se dan encuentros inesperados y suceden cosas que cambian el rumbo, no del ferrocarril, pero sí del destino. A todos les ha pasado algo curioso en un vagón del pasado, será quizá por esa sensación de transitar y quedarse al mismo tiempo, que el sino no tiene escapatoria.

Pero tampoco el que se queda escapa. Los andenes son los lugares de las despedidas. Ningún otro vehículo se aleja lentamente como el tren, ninguno como él deja escapar un lamento grave y doloroso; difícil describir el abandono que nos colma cuando parte el tren y en silencio nos quedamos en la estación vacía.

## El metro

En una ciudad grande, las zonas, las colonias y barrios son muy distintos entre sí. La arquitectura, el trazo de las avenidas, la gente, el tipo de comercios que engalanan o enturbian las calles, incluso la luz. Así lo es el origen, la historia y la cultura de cada barrio del Distrito Federal. Cuando uno toma el metro en Coyoacán, y se baja en la estación Balderas, tiene la impresión de haber dejado un mundo y aparecido (es la palabra correcta) en otro. La uniformidad de las estaciones del metro contrasta con esa diversidad que queda arriba y provoca que el trayecto no sea un proceso sino un acto de magia.

Y sin embargo, sentimos que transitamos. ¿En dónde?, ¿hacia qué parte? Al faltar las señales externas que nos indiquen que el camino se va transformando a nuestro paso, se siente que uno viaja en “otra” dimensión, ajena a las reglas del tránsito por el espacio. De la misma manera, cuando se inserta el boleto para que la compuerta ceda el paso, se hace un pacto con el tiempo: nos abandonamos a su alteración, a su silencioso dominio.

La gente dormita al interior de los vagones. Una especie de somnolencia generalizada la invade. Es el bamboleo del tren, la luz eléctrica que indica ausencia de luz. Pero es también que abordamos lo atemporal del inconsciente. Al bajar a los estratos profundos del subsuelo, descendimos al mundo interno, nos pusimos en contacto con nuestros símbolos y juntos, apeñuscados, nos arrullamos o perturbamos con un mismo misterio compartido.

Juego de sueños: habitamos el de la enorme bestia, somos las imágenes difusas de la ciudad que duerme. Por otro lado, la entraña del monstruo se convierte en nuestro sueño. Los trenes son los modernos dragones de nuestras pesadillas.

El metro es un lugar sucio, transporta demasiada gente, carece de la ventilación necesaria y por lo tanto huele mal. Quien prefiera la comodidad que tome un taxi. Otros preferimos, a pesar de todo, disfrutar de su encanto subterráneo.

## El coche

No sé si en el coche nos despersonalizamos, o si personalizamos al coche. El hecho es que el conjunto de hierro y cables se convierten cuando nos subimos, en una extensión de nuestro cuerpo, o nos convertimos en un sistema más del conjunto de sistemas que lo accionan. El auto nos da poder, en su interior desafiamos distancia y velocidad. ¿Quién no se ha sentido impulsado a violar los límites de kilometraje que marcan los letreros de las carreteras? Sentir la fuerza del viento en contra, el impulso del metal que horada el espacio. El coche es símbolo de libertad e independencia, por eso aprender a manejar es un ritual de iniciación.

Desde el coche, nos sentimos autorizados para insultar al otro, que nunca es una persona sino un coche, nunca tiene rostro porque, como el nuestro, se ha difuminado en el momento mismo de encender la marcha. Somos “la camioneta negra”, “el estúpido ese que se me cerró”, “el tráiler desgraciado”.

La bocina mienta madres sin recato pero un terror culpígeno nos invade ante el terror de que aquel al que insultamos, al que hicimos sentir un idiota acelerando



ruidosamente nuestro coche y rebasando al suyo (“tortuga, aprende a manejar”) se revele ante nuestros ojos como un vecino, cliente, amigo o conocido, es decir, adquiriera rostro.

El coche nos sumerge en un aislamiento cómodo. Avanzamos en esa especie de pecera que amortigua los ruidos del exterior. Oímos el radio, tomamos decisiones, soñamos.

Nos disociamos de tal modo que una parte de nosotros pone atención en los detalles, mientras que otra, más aventurera, explora mundos irreales. Hay quien se siente tan agusto manejando que no quisiera llegar a su destino. La vida moderna, agitada y sobresaturada de estímulos, no deja momentos para el diálogo interno; el coche se convierte entonces en el espacio para la reflexión.

Todavía no comprendo por qué muchos amores comienzan en los coches: ¿Será que en su interior la lluvia se oye más cerca, más violenta, y ello obliga a buscar protección en otro cuerpo? ¿Será que su pequeño espacio invita a la confesión de secretos, a la intimidad?

## El elevador

Cuando tomamos el elevador guardamos silencio. Interrumpimos la conversación para reanudarla hasta llegar al piso de destino. No sólo callamos, la mirada se eleva y se fija en los números luminosos que indican el nivel. A veces tarareamos una frase musical que no nos interesa, con tal de no interactuar. Si un extraterrestre viera la escena, no entendería por qué el grupo de empleados que venía planeando la fiesta de fin de año, suspende todo comentario mientras se desplaza en ese invento de la modernidad.

Los espacios pequeños y cerrados están asociados a la intimidad: el cuarto, el coche (que en el siglo pasado llevaba cortinas y era el símbolo del adulterio), el camerino, obligan a la cercanía de los cuerpos, la confesión de los secretos, la apertura de los afectos. En cambio el trato público se ubica en lugares abiertos y extensos: la calle, las plazas, la oficina. El elevador es en sí mismo una contradicción. Uno lo toma y de pronto se encuentra perturbadoramente cerca de alguien a quien no conoce o a quien conoce poco. Fácil es percatarnos del peinado, si el cuello de la camisa está bien planchado, si le cayó una gota de café con leche en la solapa; distinguir un perfume inquietante, o el aroma natural; sentir la tibieza de esos cuerpos extraños apretados a nosotros. El extraterrestre, que habría observado escenas similares en otros contextos, y cuya lógica no puede captar los vericuetos de la psicología humana, se preguntaría: “¿por qué no se besan?”

La inquietud de la cercanía nos hace callar y desviar la mirada. Así como observamos, somos observados. Es hasta el momento de tomar el elevador cuando hacemos consciencia de nuestra propia imagen. La incomodidad es mayor si se comparte con personas con las que debemos guardar distancia: el jefe, un maestro, o con las que quisiéramos tener secreta cercanía: el deseo hecho realidad es igualmente desconcertante. El temor a quedar atrapado en un elevador, bien vale la pregunta: ¿sólo, o acompañado?

## Escalera eléctrica

Usted siente un ligero estremecimiento cuando tiene que abordar la escalera eléctrica de alguna tienda departamental. No se preocupe. Existe una estrategia para llevar a cabo con éxito la empresa. Fíjese bien: no se aferre con la vista a un escalón en particular; si lo hace, abórdelo inmediatamente. Si tarda un poco, puede ser que el paso que tenga que dar sea demasiado grande y usted caiga. Calcule exactamente el momento en que debe depositar el pie derecho en uno de los fragmentos de la cinta de metal, antes de que ésta haya avanzado lo necesario para convertirse en escalón. Al hacerlo, no deje el otro pie en la orilla, corre el riesgo de abrirse de piernas, antes bien, levante el pie izquierdo en el aire y deposítelo junto al pie derecho.

No pise usted rayita. Al formarse el escalón, la mitad del pie quedará en el aire y puede desplomarse. No se confíe del barandal, no sirve para nada, si se sujeta de él, la fuerza de los escalones avanzando lo hará perder el equilibrio y caerá inevitablemente. ¿Y los paquetes? Si le cuesta mucho trabajo abordarla con las manos ocupadas, puede dejarlos en la orilla, pero después tendrá que regresar por ellos y subir la escalera con todo y paquetes.

Una vez que usted logre empatar los pies, ubique su centro, porque puede ser que los pies estén muy juntos, pero el resto del cuerpo se incline hacia otro lado y entonces se caerá. Si esto sucede, ni siquiera trate de levantarse porque haría un esfuerzo inútil; déjese arrastrar hasta donde la escalera termine y otras personas puedan sujetarlo. Si lo logra, sonría satisfecho; atraviése de un piso a otro seguro de sus capacidades intelectuales. Si la escalera tiene espejo ¡mírese!, ¡usted pudo!, tómelo como una metáfora de todo lo que pueda lograr en la vida.

Salir de la escalera también tiene sus particularidades: debe calcular el espacio para dar el último paso; si no, la punta de su zapato topará contra el borde de la escalera y se tropezará. Si deposita el pie derecho en piso firme pero mantiene el peso del cuerpo junto con el otro pie, lo más seguro es que se dará un sentón. Armonice sus miembros, ubique la meta y... ¡salte! (Procure no pegarle a nadie.) Última recomendación: deje el abrigo y el paraguas en casa.

## Emplazamientos

## Espacios deshabitados

La luz es distinta en las casas deshabitadas. También el sonido. Los pasos resuenan en sus cuartos como si el vacío les proporcionara una acústica especial. Innumerables tardes se disuelven en el crisol de sus espacios en penumbra. Largas mañanas se filtraron tibias entre los muebles que hoy no están.

Algo parecido se experimenta en un teatro vacío. Apenas iluminado por una luz indirecta, el teatro revela su otro ser. Recogido y sobrio, hace sentir su soledad. El foro es ahora una cuenca, algo de pozo tiene. Los telones son seres espectrales. Las butacas guardan la ausencia.

Sentimos algo similar cuando visitamos la escuela en un día de descanso: silenciosa. Encontramos en ella, sin embargo, algunos rastros de vida: un suéter tirado en el patio, una pelota suspendida en su inmovilidad.

Nostalgia difusa nos invade si pensamos en las siguientes imágenes: un deportista que se queda solo en las gradas del estadio cuando las competencias terminaron; un velador que apaga las últimas luces del edificio de oficinas.

Lo habitable, deshabitado; lo que fue construido para estar lleno, vacío; el lugar de la expresión y el movimiento, en silencio. Estas contradicciones nos llevan a vivir la unión de los opuestos: la presencia al mismo tiempo que la falta; la muerte mezclada con la vida.

¿No es similar lo que sentimos en un centro ceremonial de otra época? ¿Cuál será la impresión de aquél que visite, dentro de algunos siglos, nuestras ruinas?

## La tiendita

La tiendita de la esquina fue el primer lugar al que pude ir sin la compañía de mi madre, mi hermano o la sirvienta. Atravesé dos calles y llegué a la gloriosa esquina como quien hubiera alcanzado la cima de una montaña. En efecto, la tiendita cercana a la casa tiene un lugar especial en la memoria. Los niños de clase media salen de sus departamentos o sus casas y se reúnen en la tienda. Uno comienza a ser alguien en la vida cuando la dueña, que puede ser doña Rosita o doña Lupe, sabe quiénes somos y nos llama por nuestro nombre o apodo. “El güero”, “la chaparrita”, “Fede” o “Mariana” en labios de esa primera embajadora del mundo externo, otorga identidad social.

Después de andar en bicicleta o de deslizarse en patines por las “bajaditas” de las cocheras, la tienda aparece ante nosotros como un oasis, pleno de bebidas y golosinas. Llegar hasta ella, pedir un refresco bien helado, tomarlo a grandes tragos con un codo apoyado en el mostrador es una de las dichas de la vida. En esas tardes de aburrimiento, cuando renunciamos a la tarea, no hay amigos a la vista, los juguetes se vuelven ajenos, torpes, y hasta la existencia está en peligro de perder su significado, la tiendita se aclara en la consciencia como el lugar de la salvación. ¿Me das una moneda, mamá? Entonces la tristeza comienza a aliviarse con los chamois, los chiclosos de chocolate, los pastelitos tantas veces anunciados en la televisión.

Ese recinto público tiene, sin embargo, características de espacio privado. Es un cuartito repleto de alimentos: latas, mercancía a granel, paquetes, bolsas, dan a sus

paredes la impresión de la alacena de un hogar. El característico olor -mezcla de azúcar y polvo, de harina y fruta- le otorgan una calidez orgánica, una atmósfera germinal. El trato familiar de quien la atiende hace que uno se sienta abrigado no sólo de la lluvia cuando nos sorprende antes de llegar a casa, sino de la soledad. Algunos novios van a besarse y abrazarse en la tiendita, ahí, contra el refrigerador que guarda leches y quesos se prometen amor eterno. Los compadres se toman ahí su cervecita, las señoras se cuentan sus problemas, las muchachas que trabajan en las casas “van por el pan”, o sea, a ver al albañil que trabaja en la obra de la avenida más cercana, o a la amiga de enfrente, que ya acabó de planchar.

La tiendita de la esquina no siempre está en la esquina, pero así le decimos por su cercanía. Si faltan las tortillas, si se acabaron los huevos o el jamón, basta con caminar unos cuantos metros. No es el lugar de las grandes compras ni de los ahorros significativos, es el espacio de las negociaciones pequeñas, donde se manifiestan los hábitos del barrio, donde se intercambian los asuntos perecederos como los minutos de un día cualquiera. Así es como nos abastece no sólo de frijol y arroz, de aceite y de naranjas sino, sobre todo, de recuerdos.

## La siesta

La siesta nos reconcilia con el mundo. Partimos en dos el día, como los jugadores de futbol se acercan a la banca después del primer tiempo, se tiran en la hierba, se echan agua en la cara para quitarse el sol. La siesta es un asunto de demasiada luz, de demasiado día pegado al cuerpo como una sanguijuela. Cerrar las cortinas, percatarse de la ráfaga del viento que entra por la ventana, quitarse los zapatos, escuchar un diálogo frágil de gorriones en un árbol vecino, los coches que a lo lejos horadan el silencio y abandonarse al licor fermentado de la temprana tarde. Inmóviles nos adentramos a un ciclo vegetal, como si diminutos viajáramos entre las células de una gigantesca hoja de árbol y respiráramos, como en un baño de vapor, la clorofila. La colcha es un mantel, el cuerpo el fruto donde maduran los minutos. Un gato nos mastica suave, pausadamente. Somos su ronroneo feliz, la oscura densidad que nos alberga mientras afuera la ciudad estalla. ¿A dónde se va el tiempo mientras la carne guarda tanta marea callada?

De pronto, algo estremece los filamentos de esta tibia indolencia: despertamos. Ciertamente que algunas veces, en la frontera neblinosa que separa el sueño y la vigilia, experimentamos un instantáneo desamparo, un desgobierno casi inaprehensible que corre hacia el olvido. Pero ahora el mundo es diferente. La tarde ya tardía es un estanque fresco y nosotros nos sentimos peces ágiles en su tenue, amable luz. El resto del día será dúctil y andaremos por él como quien pasea por un jardín recién llovido.

## El gol

La palabra “gol” es breve como su existencia. Los comentarios de la televisión la alargan queriendo prolongar la experiencia. Las cámaras lo repiten para ver si lo atrapan. Sólo los

fotógrafos, pescadores del tiempo, logran capturar el instante: el balón que tensa las redes, el arquero rendido sobre la hierba, el hombre que levanta la pierna como una invocación al cielo.

Pocos son los deportes en donde el marcador es tan parco. No es la vasta suma de puntos lo que da la victoria, sino la súbita arremetida contra lo previsto. Por eso la expresión de alegría es tan grande en jugadores y aficionados, porque los escasos momentos del gol son como esos espacios de una sinfonía, en que toda la orquesta nos sorprende y escuchamos el poderío de los timbales para luego recuperar la melodía.

El fútbol es control: el pase preciso, el pecho que contiene el tiempo justo la pelota, el ritmo que se imprime al balón con el toque adecuado, son muestras excelsas del dominio del cuerpo y la emoción. Pero el gol es la llave: en el tiro de gracia se dispara el espíritu del hombre, se escucha entonces el grito atrapado en la garganta.

El gol es la metáfora de lo imposible. Su ausencia significa la derrota absoluta y su presencia la gloria. Es el giro que marca la historia, el azar que escribe por nosotros, la calle equivocada que se toma o el encuentro fortuito que define el resto de la vida. Por eso nos emocionamos, porque en el partido se juega, sin saberlo, el propio destino.

Pero tenemos quienes nos conmovemos aún más con los instantes posteriores al gol. Otra vez los fotógrafos han sabido captarlo: es el rostro de un hombre que se crispa de júbilo, el ímpetu de unos puños que se levantan, la carrera del ciervo que ha vencido a la muerte. Cuando el jugador celebra su gol, asistimos a uno de esos momentos en que lo íntimo se funde con lo social: es la dignidad de un pueblo que de pronto condensa su historia en un balón, como si fuera el Aleph de Borges, pero también es el niño que alguna vez fraguó ese gol, cuando los postes eran dos piedras y la cancha un patio de tierra en el verano, y él soñó que anotaba un gol definitivo en un mundial. Es el rostro particular de quien lo anota.

## La escuela

Los niños se ponen goma en el pelo y grasa en los zapatos. No preguntan por qué, lo asumen como un ritual, les parece que endurecer el cabello y darle brillo a los pies es lo menos que uno puede hacer para franquear las puertas del edificio mágico. Una luz blanquecina, un frío pálido envuelve muros y patios. El iniciante está listo. Recibe el sonido agudo del timbre como la orden real para iniciar la batalla. Ahí aprende el manejo preciso de las armas y las pociones: borradores, gises, plumones, compás, cuadernos, forros, sacapuntas, pegamento, reglas, escuadras, escalímetros, pinceles, cartulinas, tijeras, plastilinas. ¿En dónde puedo haber sido creada tal diversidad de objetos sagrados? Los niños tocan sus libros, los acarician, no saben si podrán vencer a esos entes llenos de signos indescifrables: palabras y dibujos vienen de un largo viaje en donde ellos quizá se perderán. El niño recita las palabras “tarea”, “horario”, “recreo”, “calendario”, con el orgullo de quien conoce el oficio. El himno, la bandera, el micrófono, la escolta: el edificio mágico alberga ejércitos, el corazón del niño es un tambor.

En una oficina misteriosa habita el director. Su figura seria les recuerda que la indisciplina se paga con algo peor que la muerte: la expulsión. Los niños se saben a cargo

de unos seres respetados con gravedad y adorados en silencio; una sonrisa suya devuelve el aliento y la confianza; sus gritos cortan cabezas, ponen manchas negras en la frente.

El edificio tiene otros personajes y recintos: la prefecta, el contador, las secretarias, el maestro de deportes y siempre un tal Juanito o Pancho que recoge los suéteres y loncheras que quedan en las bancas; la tiendita, el laboratorio, la bodega. Los niños exploran, descubren los capítulos abiertos o secretos de la trama.

Están también los otros, los aliados, los grandes aventureros con los que se forja la tierra de la imaginación. Con sus amigos, los niños son dueños del patio, de la vida, y de ese sol intenso que abraza al mediodía. Lo que ejerce fascinación en unos, inspira terror a otros. La escuela puede ser fuente de los mejores sueños, o de las peores pesadillas.

## El teatro

El lobby o antesala es un espacio intermedio entre la calle y el teatro propiamente. Su existencia no tiene sólo una función práctica (recoger boletos, vender golosinas, entregar programas) sino psicológica: preparar al espectador para la transformación que sufrirá. Gracias al lobby el paso del mundo de la realidad al de la magia es menos violento. Ahí se saluda a los amigos, se fuma el último cigarro, se escucha la voz que indica la primera, segunda llamada, escalones que llevan de un estado anímico a otro.

La sala tiene una dinámica particular creada por los movimientos de los cuerpos (unos se paran, otros se sientan, se detienen, buscan, voltean, saludan); voces que alfombras y butacas amortiguan y que alcanzan su cúspide un instante antes de la tercera llamada; la oscuridad que de pronto nos funde en esa masa indiferenciada que se llama público y nos avisa que ya nada podrá retroceder.

El telón: última frontera. Límite entre lo cierto y lo imaginario. Punto final y punto de partida. Velo que corre para mostrar el secreto celosamente custodiado.

El foro es el lugar del sacrificio, la vasija donde el artista dejará su corazón, el espacio sagrado al que sólo algunos pueden acceder. Luces y escenografía crean atmósferas que dan a los cuerpos una existencia onírica, espectral, delirante.

Los camerinos son el espacio de una privacidad enrarecida. Atrás de las bambalinas termina un sueño y comienza otro: bodegas que guardan vestuarios, pelucas, fragmentos de escenografías, objetos insospechados. Cuartos luminosos donde los maquillistas laboran en silencio. Baños de la alquimia. Espejos que reflejan el linde entre juego y locura.

## Estacionamiento

Los niños se deslizan en patines sobre el asfalto. Dibujan con pasión las rectas y las curvas que el corazón les dicta. El espacio abierto del estacionamiento les permite avanzar a gran velocidad sobre las ocho rudas que hoy, domingo a las seis de la tarde, otorgan la más absoluta libertad. Lejos quedaron la casa y la tarea; lejos están todavía el baño y la merienda. El tiempo se abre ante ellos de la misma manera que la tarde sobre la llanura

de cemento. En esta zona del estacionamiento del megamercado no hay choches, como si un acuerdo tácito entre administradores y consumidores estableciera que existe un espacio reservado para el juego.

Unas parejas platican sentadas en el borde de la banqueta; observan a sus hijos cruzar las líneas amarillas que marcan los cajones para los automóviles, brincar alguna alcantarilla, abandonarse a los desniveles del pavimento. De vez en cuando alzan la vista, alcanzan a divisar el cerro cercano a la ciudad, las luces de colonias improvisadas que comienzan a prenderse, las nubes amenazando lluvia en el occidente, algo comentan del olor a tierra mojada que viene de donde llovió.

Uno que otro coche despistado invade la zona de los patinadores; aunque los papás se preocupan, los niños los esquivan como los mejores toreros de la era galáctica.

Ciertamente se trata de un entretenimiento de esta época. ¿Cuándo íbamos a pensar que la gran diversión del domingo sería, para nuestros hijos, ir a patinar a un estacionamiento?

Estos nuevos espacios, urbanos y modernos, tienen para ellos la misma significación que para nosotros tuvieron el río donde agarrábamos ranas o el kiosco del jardín en el que jugábamos a “las traes”. Quizá la imagen del megamercado, que para nosotros es una fría representación de un desolado almacén sea para ellos en el futuro una imagen cálida que les haga sentir nostalgia por la infancia, como la que sentimos los adultos cuando nos acordamos de la tiendita de la esquina y de los chamois que ahí vendían.

A los adultos se nos ocurre reflexionar sobre lo antinatural de estas costumbres; nos aflige la invasión del asfalto sobre la naturaleza. Los niños, más sanos, más simples, le encuentran el lado divertido, el ángulo poético, el punto de vista mágico que les permite seguir siendo humanos.

## Análisis clínicos

Así como los antiguos acudían al oráculo de los dioses para conocer su destino, nosotros vamos al laboratorio de análisis clínicos. Desmañados, en ayunas, siempre con miedo, uno llega a ese aséptico templo de la ciencia a que lo investiguen. Casi siempre la pureza del lugar ayuda al desconsuelo: paredes blancas y pisos de mosaico hacen sentir adentro de un gran baño. Incluso en los laboratorios de lujo nos sentimos mal; de nada sirve la música instrumental de fondo, los sillones mullidos o la amable voz de la enfermera que intenta hacernos sentir acogidos. El olor del alcohol, el frío que despiden los tubos de vidrio, la aguda violencia de la aguja nos devuelven a ese estado de desamparo que deben experimentar los niños al nacer y los astronautas al abandonar la órbita terrestre.

Pero lo que más sobrecoge es el desconocimiento de nosotros mismos. ¿Qué sucede del otro lado de la sangre? ¿Quiénes somos más allá de las facciones que nos devuelve el espejo? Un grupo de expertos desconocidos transgredirá nuestros límites, se meterá en nuestra más profunda intimidad para contestar a esa pregunta. Electrocardiogramas, ultrasonidos, tomografías, cultivos, dibujarán el perfil de alguien que es más “cierto” que aquel que conocemos, pero que nos resulta ajeno por completo: el otro, el ser biológico, al que le pertenecen la enfermedad y la muerte, o en el mejor de los casos, la salud.



Recogemos los resultados y un ligero temblor de dedos nos delata: se teme la sorpresa, el veredicto fatal, la mancha difusa en la radiografía, el número revelador en el conteo de células.

Las más de las veces la angustia se desvanece y poco a poco nos reconciamos con nuestra antigua identidad, la de siempre, la que no tiene que ver son palabras científicas o números asertivos. Hasta que alguna otra molestia nos lleva a consultar a la impertérrita efigie de los tiempos modernos.

## Las vacaciones

La vida sin propósito: ése es el propósito de las vacaciones. Estar como un árbol, o como un pájaro. No tener fin: sólo presente eterno y cuerpo para gozarlo. Las vacaciones son un barco parado a la mitad del tiempo. En pijama, esa tibia aliada que acaricia y libera, con los calcetines flojos como largas lenguas percutidas, los niños recorrerán las horas de las mañanas invernales, se untarán y rebotarán en las superficies suaves de la casa: colchones, alfombras, cojines, serán los continentes de sus palpitaciones. Acostados, a gatas, descubriendo los recovecos últimos, los ángulos desconocidos jugarán a los túneles, harán cuevas y casas, construirán barcos y castillos, con sillas y escaleras, con sábanas y colchas que, como ellos, se ensuciarán de polvo y dicha. Comerán a deshoras, o más bien, olvidarán sus horas; el refrigerador se abrirá como un cofre de aire fresco y de él saldrán las viandas y las golosinas de una manera caótica y venturosa. No hay disciplina, las vacaciones imponen sus reglas de abandono y libertad. Jugar es la tarea, imaginar el mundo como debiera ser, como es en realidad para los niños. Los juguetes saldrán a los cuartos y a los patios a desmentir las penas: hay un mundo perfecto del otro lado del juguete y ellos lo abordan como expertos.

Las calles se inundarán de gritos. En las tiendas departamentales subirán a contracorriente las escaleras eléctricas, patinarán en los pisos encerados. Iluminarán los cines, los parques, los camiones. Las vacaciones se harán sentir en todos los espacios con el rebote de pelotas y el rodar de las llantas de los patines y las bicicletas.

Descubrirán la noche. Desvelados, sabrán de esa otra luminosidad del mundo que normalmente les está vedada. Jugarán en el patio a oscuras, se dormirán en casas ajenas que harán propias, platicarán en la oscuridad sus miedos, convertirán sus pesadillas en viajes de aventura. Como dijo Salvador Novo: "Quién fuera perezoso y feliz". Y quien fuera irresponsable y vehemente como un niño en vacaciones. O como un árbol, o como un pájaro.

## Cartas

Escribir cartas es una actividad en desuso. El desarrollo de los aparatos de comunicación (teléfono, fax) nos permiten hacer llegar nuestros mensajes de una manera cómoda, segura y cada vez más económica. Sin embargo, las cartas siguen teniendo ese matiz personal del que otros medios carecen. Nos escriben cartas los amigos, no los colegas ni

los empleados, sino aquellos que, estando lejos, nos recuerdan. Por eso en el hecho cartearse hay siempre un dejo de nostalgia. La carta significa lejanía. Ausencia, imposibilidad de contacto. Las palabras vertidas de manera sensual sobre el papel, simulan una caricia con afecto.

Escribir una carta es un acto de reflexión. Aunque tengamos presente al interlocutor, redactamos en la hoja en blanco, un diálogo con nosotros mismos. En soledad, escribimos vivencias, ideas, sentimientos, resumimos los desafíos que la vida nos pone en el camino.

Durante el siglo pasado y a principios de éste, escritores y pensadores se escribían entre sí. Gran parte de su biografía es rescatada de esa correspondencia cotidiana. Rilke, Kafka, Freud, legaron en esas misivas una buena parte de su concepción del mundo, de su poética personal, de sus cavilaciones más profundas. La epístola floreció entonces incluso como género literario.

El fax es un mensaje abierto, en cambio la carta, en sobre cerrado, guarda esa intimidad con la que fue escrita. Cualquiera interpretaría la apertura de una carta que no le está dirigida, como una violación a lo privado; las cartas son un objeto secreto, su contenido un misterio para los ajenos, capaz de despertar la curiosidad y la malicia de los rectos.

Una carta viaja por el mundo, puede extraviarse, tarda en llegar y su contenido está suspenso en el tiempo pasado, que deleitamos como presente. Por eso las cartas son objetos románticos que se deslizan entre el ajeteo de nuestros días y se niegan a desaparecer del todo.

## Estampas

Las estampas invaden el patio de la escuela, el piso de las casas, los pasillos de los departamentos, el atrio de la iglesia, la paciencia de los adultos. Por todas partes se aprecia el círculo de niños atentos a los dos que contienden por la montaña de papeles luminosos, el golpe seco de las manos sobre el calor del mediodía. Las estampas, como las canicas, el yoyo o el balero, tienen las propiedades de los objetos mágicos: pequeños y atractivos se guardan en las bolsas del pantalón como si fueran talismanes. En la fantasía del dueño, algunas son más poderosas que otras. Puede ser que la más fea, la más gastada y sucia tenga un valor incalculable porque le ha dado suerte. Los chiquillos asisten a la clase sintiéndose seguros de llevar en secreto, pegadas a su cuerpo, sus estampas preferidas, de la misma manera que el guerrero guardaba aquella cruz bendecida sobre el pecho o el rizo de la novia en el guardapelo.

Las estampas tienen, como las canicas, el tiempo encerrado. Con el horizonte a ras de tierra, todo puede ser olvidado mientras se juega: las matemáticas, el divorcio de los padres, el aseo de dientes, la tarea. El rito es abordado con toda congruencia del cuerpo y la mente, con la vehemencia que la pasión exige. No hay pasado ni futuro. Mientras los papeles brincan y salpican la tarde, los niños experimentan un fragmento de eternidad.

Pero no es sólo su calidad de objeto mágico-ritual lo que captura el entusiasmo de los pequeños. El juego de las estampas es también un asunto de habilidad: con la maña se

define quién es el poderoso, el más bueno, el que conseguirá no sólo más estampas sino más amigos.

## Viandas

Cualquiera que ha tomado un café capuchino, ha mirado extasiado el pequeño torbellino que se forma en el vaso una vez que el azúcar rompe con su propio peso el lecho de espuma sobre el que segundos antes reposaba. La comida no es nada más lo que nos llevamos a la boca, sino toda esa serie de magias, asombros y rituales que acompañan al acto de comer, unido por un lazo invisible al erotismo. La comida, como el cuerpo desnudo, es una fuente inacabable de estímulos que despierta todos nuestros sentidos, comer es un acto sensual, bien lo saben los *chefs* y los *gourmets*.

El ritual empieza con el arreglo de la mesa: nuestra digestión comienza desde el momento en que apreciamos los colores del mantel y termina hasta el momento de la bendición del café. Nuestra vida se inunda con las diferentes formas, brillos y tonalidades que nos ofrecen los platillos. El oído también participa de la fiesta: cuando se sirve el agua con hielos en el vaso, cuando se escancia el vino, cuando el pan dorado o la tortilla crujen sólo para nosotros. El olfato, el gusto y hasta el tacto participan en una especie de ceremonia a la sensualidad. Igual sucede en el amor y no es raro que el acto sexual vaya precedido de una cena romántica o sucedido por un cigarro o una copa. Muchas de nuestras experiencias amorosas están vinculadas a un *bouquet*, a una marca de cigarrillos, al nombre de un café o de un restaurante.

La comida y el erotismo se unen especialmente en momentos gloriosos como la cena de Navidad y de Año Nuevo, en donde la botana, cada uno de los guisos, los postres que siguen al plato principal, así como los vinos, se consumen con una euforia orgiástica. El pavo relleno con salsa agridulce, la ensalada de manzana con nuez y pasitas, el espagueti con crema y queso parmesano y los turrone de almendra son venerados con intensidad sacrílega; en Año Nuevo, no faltan las luces de Bengala, silbatos y gorritos, pero la cena sigue siendo la parte principal del festejo y no nos medimos en consumir los manjares expuestos sobre la mesa. Llevamos el placer hasta el exceso, el desorden, la muerte simbólica porque, como el Ave Fénix, esperamos renacer con el ciclo que empieza.

## El recreo

La palabra “recreo” remite a la infancia y a la escuela. Es un vocablo que usamos para definir ese momento del día en que se interrumpen las actividades escolares para dar paso al descanso.

“Recreo” es una palabra mágica. En ella se confunden el tiempo y el espacio. Los niños pequeños dicen: “vamos al recreo”, o “en el recreo te lo doy”, o “el recreo de mi escuela es muy bonito” como si el recreo fuera un lugar. Tal parecería que la confusión de tiempo y espacio persiste hasta la edad adulta. La maestra indica: “ya pueden salir al recreo”. Y es que, efectivamente, el recreo es un lugar. Su sola mención evoca un patio en

donde vemos los zapatos sucios de tierra, un árbol, aquel columpio, el suéter y la cantimplora debajo de una banca.

El lugar del recreo también tiene sonidos: un barullo encendido, un golpe seco de pelota.

El recreo ocupa un lugar en el tiempo, es el “rato” esperado, el momento en el que se hace lo que se quiere. También en términos temporales, el recreo sufre una distorsión. Lo que en realidad dura veinte minutos, es suficiente para llevar a cabo una batalla, una exploración de dos años al fondo de la tierra, o un viaje al espacio en años luz.

El recreo es sobre todo, un estado mental. En nuestro diccionario interior es la posibilidad de gozo y el abandono, la disposición absoluta al placer. En la infancia se disparaba con el toque de una campana y en la vida adulta se dispara con el recuerdo de la infancia. En el recreo la realidad concreta pierde valor y el mundo interior lo gana; la razón se disuelve y las sensaciones corporales inundan. Es un estado atemporal e infinito mientras dura.

Cuando dejamos de ir a la escuela, se nos acaba el recreo. Pero si lo buscamos en el fondo lo encontramos.

## El cine

El cine es uno de los esparcimientos más exitosos y populares de nuestro tiempo. La posibilidad de disfrutar las películas en casa y a precios módicos no ha desvirtuado el ritual de ir al cine. Hacemos cola para adquirir los boletos, compramos una bolsa de palomitas y un refresco (no hay cine sin palomitas), y nos instalamos en la butaca para olvidarnos de las preocupaciones de la vida real. Esa posibilidad de inducir el olvido es precisamente lo que no se logra por completo en casa: el tamaño de la pantalla de la televisión, las luces encendidas, el timbre del teléfono, las actividades propias de un hogar nos impiden el abandono total que una sala de cine facilita. Digamos que la televisión es un mueble (mágico sin duda) pero el cine es un ámbito.

El ensueño comienza cuando apagan la luz y prenden la pantalla. El cuerpo se relaja para permitir que el alma siga rutas desconocidas hacia parajes inciertos. La aventura y el peligro estremecen mientras que la suavidad de la butaca asegura un regreso confortable. Pero no siempre regresamos del todo, una buena película cambia el curso de las conjeturas interiores y deja su carácter de simple diversión para introducirse en la trama del destino personal.

El cine y la vida son inseparables. Las imágenes de algunas películas se mantienen en el inventario de la memoria con la misma fuerza o más que muchos recuerdos reales. Una vez apagada la luz de la sala, somos capturados por la vividez de la pantalla de tal forma que participamos íntegramente del drama que se desarrolla ante nosotros. Digo del drama, porque éste es el género que posee la cualidad del magnetismo. La comedia transcurre ante nosotros, pero más de una vez nos regresa a la butaca, nos hace intercambiar con el compañero de junto alguna broma o comentario, en cambio el drama nos disocia del mundo real de manera absoluta.

Las diferentes etapas de la vida están marcadas por alguna película que irrumpió en aquellos días. Ideas, ilusiones, concepciones del mundo pudieron haber sido fraguadas en la transición de una escena a otra. Los personajes habitan nuestro mundo interno y sus voces nos son menos significativas que las de algún viejo amigo o maestro de la infancia remota.

Además de las imágenes visuales, la música tiene una importancia particular en la experiencia del cine. alguna melodía asociada a un campo de cañaverales movido por el viento nos remite a un estado del alma particular difícilmente descriptible o clasificable. Generalmente la música se olvida, pero no así el temple de ánimo que generó, ni la fuerza emotiva que imprimió al discurso cinematográfico.

Del cine dramático se recuerdan los rostros, la emoción contenida en un rictus, la mirada que expresa dolor o ternura, el gesto que denota la intensidad del espíritu. Se recuerdan también los escenarios: las ciudades, las calles, los recintos privados a los que accedemos con la curiosidad a flor de piel.

Se recuerdan las frases, que después tañen en la memoria y adquieren la gravedad de una sentencia.

Por eso el cine es el mundo de lo ilusorio real. Corre paralelo a nuestros quehaceres cotidianos, intercepta las redes de lo verídico, entreteje la maraña de nuestros sueños y deseos.

Cuando termina la película, la luz siempre nos sorprende. Es difícil ocultar la conmoción aún presente en el gesto y la memoria. Necesitamos más tiempo para hacer los ajustes necesarios, acomodar los afectos en su lugar. Salimos del cine en grupo, hipnotizados, hasta que los detalles de la realidad externa nos ubican nuevamente y las imágenes de la película se hospedan en los cuartos vacantes de la inconsciencia.

Interiores

## El balcón

El balcón es un espacio de transición. Entre el adentro y el afuera el balcón navega, se disipa, se hace tan amplio como el ensueño de quien lo habita. Para un niño pequeño es el primer lugar de contacto con el mundo externo. Sorprendido, advierte desde ahí el bullicio y la multiplicidad de ese universo complejo al que llamamos "calle" y que es presagio y señal de eso otro, inabarcable y fascinante que llamamos "ciudad". El asombro del niño en el balcón vuelve cada vez que accedemos a ese espacio, nos amplía el horizonte, nos abre ventanas en la piel, nos recupera el desconcierto. Habitamos el aire cuando abordamos su abismo contenido, su vacío bien delimitado. Su condición de proa nos convierte en navegantes de aguas cotidianas. Desde el balcón se miran las preocupaciones como si fueran detalles del jardín o de las otras casas, o como si flotaran con las nubes y nuestra imaginación, por fin, pudiera darles forma.

Desde adentro el balcón es calle; desde afuera casa. Para quien se encuentra en él, las escenas de la vida exterior se precipitan ajenas y distintas como en una película. Para quien observa desde afuera, los habitantes del balcón se convierten de inmediato en personajes: un niño con las piernas enroscadas en las rejas, unas muchachas platicando, riendo, apoyadas sobre el barandal, una anciana regando una maceta son, para quien las admira, escenas plásticas que bien podrían quedar plasmadas en un óleo.

Desde un balcón se anhela, por eso es el lugar del coqueteo y del amor. Es el símbolo más perfecto del deseo: para el que está afuera, de intimidad; para el que está adentro, de fuga.

De balcón a balcón las mujeres intercambian la tarde, los niños sus juguetes, los amantes sus besos, los viejos la nostalgia. Es el lugar de encuentro de la luz y la sombra, del frío y del calor, del ruido y del silencio.

Abajo pasa la prisa. Arriba, en el balcón, el tiempo espera.

## La casa

Una casa es un continente de significados, un crisol de recuerdos, sensaciones, experiencias. Es difícil separar la palabra "casa" de la palabra "vida" y de la palabra "tiempo". Lo que más nos une a nuestra casa es el paso de los años, el cúmulo de tardes ardientes o perezosas que la van haciendo nuestra. Lo que más asombra es su imperceptible proceso de hacerse casa, de arraigarse en la identidad de quien la habita a base de salitre y humedades, de cochambre y de pátina, de moho y enredaderas. Una casa es una etapa de la vida: la infancia está en aquel jardín con una reja negra junto a la que crecía una planta de hierbabuena, las baldosas del patio donde se tiraba el agua, los escalones fríos de una escalera por donde se miraba subir a los adultos, la tina de un baño donde flotaban los juguetes. La primera casa es casi siempre un espacio fragmentado, un caleidoscopio caótico de sensaciones e imágenes concretas.

La casa de la adolescencia es una serie de recintos y situaciones matizadas de luz y estremecimientos: la azotea, la cocina, el cuarto de la tele se rememoran junto a experiencias que las tuvieron de escenario: junto a la chimenea amamos, en nuestro

cuarto sentimos por primera vez la soledad y el desconcierto, en aquel balcón nos abatió el aburrimiento, junto a una mesa cualquiera nos colmó la ventura. De esa casa recordamos quizá las macetas del corredor, la luz que se filtraba por los tragaluces, el sonido de la lluvia golpeando los cristales, cayendo por los vertederos, mojando los confusos deseos de aquella edad.

La casa de la adultez es una condensación de hogares anteriores, pero tiene otros sentidos: surge como un territorio de contraste con los espacios públicos donde pasamos buena parte de nuestro tiempo. Se constituye en el lugar del descanso y de la convivencia familiar. Ahora es el tiempo de los hijos junto al nuestro el que le dará una atmósfera singular. La mecedora y los cuadros, el árbol de limón en el jardín, la alacena de la cocina, la mesa del comedor colmada de libros y cuadernos escolares, la pelota desinflada en el garaje le dan a la casa ese matiz de espacio seguro donde se fortalecen los vínculos de afecto. La casa es a los otros territorios, lo que el domingo al resto de los días de la semana. El cuerpo agradece la frescura de sus terrazas, la luminosidad de sus ventanas, sus corrientes de aire cuando se abren las puertas. El alma agradece la tibieza de la cocina, el silencio de sus habitaciones, la privacidad del clóset, la compañía de libros y retratos. Cierto que puede agobiar la casa, puede convertirse en ciudad amurallada de la que no podemos escapar, puede llenarse de rejas y cerrojos, puede ser más que luz sombra, más que espacio abierto, claustro, pero eso depende de otros dramas.

La casa de la vejez ha de ser la más personal. Si el hogar es territorio por excelencia de la intimidad, esta cualidad se exagera para los viejos que la viven. La casa se va pareciendo cada vez más al propio cuerpo. La soledad de una casa de viejos crece como el diálogo interno que aumenta con la edad.

El anciano habita su casa confundiendo los recuerdos con las presencias. Por eso las casas de los abuelos ejercen fascinación en los niños, porque éstos son capaces de detectar esos fantasmas que esperan ser descubiertos en los cajones, al fondo del armario, detrás de las cortinas o abajo de los muebles. En esas casas se escucha más claramente el pulso del reloj.

Cualquier casa es una torpe reproducción de nuestra casa de muñecas: los muebles y los trastes pequeñitos, esos seres dispuestos a ser manipulados al antojo de la imaginación, nos hicieron creer que podíamos introducirnos a un mundo en escala, en el que se vivían historias de amor y desdicha. Las ventanitas de madera que se empujaban con un dedo, las escalerillas que se ensamblaban para comunicar los pisos, fueron los primeros escenarios donde reconstruimos lo que sucedía en la casa real, menos comprensible y más confusa que aquella en la que pegamos estampas a manera de cuadros, recortadas de la caja del cereal.

Después la casa fue construida con sillas y sábanas, debajo de una cama, o en la tabla superior del clóset. Cajas y enseres sirvieron para acondicionar esos hogares efímeros en donde vivimos nuestros primeros romances, planeamos aventuras por el jardín, pero sobre todo comenzamos a comprender el sentido profundo del vocablo "casa": el de la libertad por el secreto.



Las casas donde vivieron personajes insignes de la historia o de las artes y que ahora podemos visitar como museos, nos proporcionan algo más que documentación histórica o cultural. A diferencia de los otros museos, que exhiben piezas de arte, documentos, muebles de la época, armas, herramientas o vestuario que distinguieron un periodo, las casas museo nos muestran los objetos personales de aquellos que las habitaron.

Un viaje doble se inicia desde que cruzamos el umbral: por el tiempo y hacia la intimidad, hacia atrás y hacia adentro. El guía lo sabe y por eso insiste en que el piso es el original de aquella época, para que sintamos que aquellos pasos fueron tan ciertos como los nuestros. Miramos los lentes del cura Hidalgo en la ciudad de Dolores, el estudio de Sigmund Freud, el piano de Mozart, y experimentamos una sensación compleja y sublime, mientras internamente nos decimos: “a través de ellos vio surgir la patria”, “aquí se reveló una nueva comprensión del hombre”, “de estas teclas surgieron los sonidos de sus sinfonías”. Es como si la historia y la vida, que normalmente habita en los volúmenes de las enciclopedias o flota inasequible en un estrato difuso del pensamiento, de pronto cobrara toda su humana y concreta existencia a través de ese objeto. Así, una cama, la tina de un baño, una pluma, un plato, condensan como nada a la persona y su tiempo. Un objeto que, en su sencillez, revela el significado profundo, no sólo de un hombre, sino de todos los hombres.

Nos sentamos en el patio de esas casas y tenemos la impresión de mirar lo que otros ojos vieron, escuchar lo que otros escucharon, sentir otra vez el sol sobre la piel.

Estas paredes, muebles, sencillas cosas le han dado a la historia el continente que necesitaba para ser cabalmente comprendida.

## Daguerrotipos

Desde el muro, la mesa o el armario, nos miran los fantasmas. ¿Hemos decidido que nos acompañen, o son ellos, desde sus pequeñas ventanas ovales o rectangulares, los que han decidido seguirnos para siempre? Poseer el retrato del otro es secuestrarlo, acceder a sus rasgos, a su expresión, pero sobre todo, a su tiempo. Las fotografías de nuestros antepasados nos confirman que existimos, que alguien, desde un mundo de sombras, sostiene la madeja de la historia personal.

Fotografías de estudio casi siempre, muestran a sus habitantes en un mundo tan irreal como el que ahora viven: columnas, cortinajes, muebles ajenos, gestos y posturas que denotan más una presencia escénica que una presencia real. Los fantasmas juegan su juego: estar sin ser, actuar una existencia que no les pertenece. Daguerrotipos que han logrado capturar el instante irreal y desafiar la ausencia con una semi-presencia misteriosa. Retratos que se abren al interior de las casas como flores horarias, que eternamente otoñales, no habrán de marchitarse a pesar de sus tonos ocres. Miradas que provienen no solamente de otra época, sino de otro lugar al que no tenemos acceso.

Espectrales, a medias olvidados, son los testigos silenciosos de nuestra intimidad, y nos desean la muerte.

## El piano

Más que un mueble o un instrumento, el piano es un personaje. Equivale, en la vida moderna, a lo que fue el fantasma en los castillos de la Europa del siglo XVII, todo castillo que se preciara de serlo debía albergar, en alguno de sus misteriosos recintos, un fantasma. Toda casa que se precie, debe tener un piano. En medio de la sala entre sillones y cortinas, casi siempre coronado por retratos familiares, el piano es un espíritu silencioso, grave, que aguada ese momento en que alguien de la familia lo invita a descargar su pasión contenida. Un abuelo que espera que lo “toquen” para dejar salir al niño luminoso y sentimental que guarda entre sus cuerdas.

Si alguien tuvo en su infancia un piano, sabe que la vida se condensa en esas notas efímeras como cada uno de los instantes de aquellas tardes en que lo escuchó. Nos sentamos al piano, tocamos las teclas, comprendemos que esa repetición de sonidos es lo más cercano a eso que llamamos “alma”. Porque el piano duele y sana al mismo tiempo. Es una herida que es una caricia. Justo en el filo donde se confunden el dolor y la dicha, el piano nos confirma que cada nota es una despedida, y sin embargo, cada una es repetible y con ella regresa lo que se fue, para doler de nuevo que se vaya.

El piano convoca la sensualidad de toda la familia. Canta la intimidad de la casa. Hace honda la tarde, fugaces y por lo mismo eternos los vínculos de afecto.

Tener un piano es, sin embargo, un lujo. Cuando una familia lo adquiere, compra con él una buena parte de la felicidad y la nostalgia. Cuando tiene que venderlo, mira alejarse el camión de la mudanza como se mira un barco perderse en el horizonte, llevándose, para siempre, a un compañero entrañable.

## La cama

Bien dice el diccionario: “Cama es el asiento que forman los barcos varados sobre la arena”. En la noche, cuando la abordamos, se levantan anclas y se despliega el velamen para navegar por las rutas del deseo y la imaginación. En su amplitud guarda la sorpresa. Si otros transportes llevan a parajes exteriores, el que guía de la vigilia al sueño nos interna en esos otros que, aunque inabarcables, tienen sus límites en el cuerpo y en el alma. La cama es el territorio de lo ignoto. ¡Cuántas imágenes se desbordan y se condensan, se levantan y se abaten sobre sus suaves márgenes! ¡Qué oleaje el de los sueños!, ese otro intenso existir al que nos abandonamos entre las sábanas y que se olvida cuando el despertador nos reintegra al mundo de los animales alerta.

La cama es el sitio de la pasión. En ella descubrimos el cuerpo del otro y el propio. Es cuando se vuelve lecho, albergue de paja, recinto donde germina la vida, pedazo de tierra donde el sol fecunda. La cama es mar y también isla. Entre sus cuatro abismos nada importa. Es el refugio del dolor de la existencia.

De los muebles, la cama es el más afectivo. Una cama tendida pone en orden el mundo, vuelve todos los días lunes, alisa de tal manera los sentimientos que es posible vivir fuera de ella. Una cama destendida, en cambio, quiere abrazarnos, invita a ser tristes y pequeños entre sus tibios pliegues.

La cama es el lugar de los inconscientes, de los amantes, de los locos, de los enfermos y de los muertos. Lo definitivo, lo crucial, fundamental se cumple en ella. Sin darnos cuenta, todas las noches, la cama nos nutre de su horizontal sabiduría.

## La televisión

No me interesa hablar del prodigioso desarrollo de los medios masivos de comunicación en nuestra sociedad, ni sobre sus efectos en la ideología de las personas. No quisiera discutir sobre enajenación, ni rescatar el valor de la comunicación a distancia que algunos argumentan. Son temas que se han tratado ampliamente desde que la radio y la televisión invadieron la vida privada y se quedaron en el ámbito de lo cotidiano. No deseo criticar el contenido de los programas ni iniciar una reflexión acerca de lo dañino que resulta para los niños verla, o cuántas horas se les debe permitir, ni el conformismo emancipado (ilusión de libertad) que en las consciencias provoca la intrusión de la publicidad.

Tampoco quiero festejar los progresos de la tecnología, internarme en las ondas hertzianas para encender el disco Nipkow -estudiante alemán que en 1884 inventó el dispositivo de exploración de imágenes-. Ni pretendo asombrarme de cómo los puntos de luz se transforman en variaciones de corriente eléctrica.

Quiero hablar, eso sí, de las cosas sumergidas en su abismo interior cuando al llegar la noche se encienden las televisiones. De la familia merendando acompañada de voces que vienen de espacios lejanos y desconocidos. De la sala poblada de siluetas donde alguien está y se retira al mismo tiempo, porque la mente se disocia. Me interesa sobre todo la atmósfera de intimidad. Los cuerpos relajados, tocándose uno al otro, mientras la mancha luminosa invade los muros de la habitación y vuelve un poco azul la cercanía. Me gusta esa extraña quietud que nos colma cuando presenciamos los mensajes del planeta desde el confort apacible de la cama. Y cómo las imágenes de la pantalla se confunden como íconos del sueño: posteriores rincones que alcanza el cinescopio. Me asombra la capacidad del hombre de hacer de la televisión una metáfora de la vida y la muerte: de sentirse seguro si está prendida y angustiarse con el rugido del vacío cuando la transmisión acaba. La manera en que nos asimos al último resguardo de fulgor -un instante- antes de la negrura y el silencio.

000

## Los zapatos

No hay mejor descripción de la actitud empática que la de “ponerse en los zapatos de otra persona”. Con esta metáfora entendemos que comprender al otro implica asumir su manera de estar en el mundo, su forma de andar en él. Significa también, aunque menos evidentemente, que el cuerpo (su asentamiento, su postura, su condición material) genera una personal cosmovisión.

Nuestros zapatos nos representan. De entrada ubican en un grupo cultural. Podría hacerse un tratado sociológico que describiera las diferencias y similitudes de personalidad entre los que calzan zapatos de charol, el grupo de “los de gamuza”, el

conjunto de las que usan tacón (con sus subconjuntos según la altura del mismo), el gremio de los de huarache tipo San Cristóbal de las Casas, la banda de los zapatotes toscos, o el equipo de aquellos que no se quitan los tenis.

Cierto que no siempre usamos el mismo tipo de zapatos, pero en el cambio experimentamos el acceso a mundos distintos, como si cada par cumpliera con la consigna mágica de las zapatillas de plata del cuento del mago de Oz: transportarnos al territorio del deseo. Así, los charoles otorgan el brillo y la pulcritud del hombre honesto que acompaña sus gestiones comerciales con un pañuelo perfumado en la bolsa del saco. Los tacones brindan la presencia escénica que se requiere. Los mocasines o los de gamuza dan la flexibilidad del que se conduce con criterio amplio; los zapatotes son reveladores de una ruptura con lo tradicional; los guaraches comprometen con valores sociales; los tenis regresan la juventud.

Pero tal diferenciación de personalidades de acuerdo con el tipo de zapatos es superficial. Las verdaderas diferencias están en las especificaciones recónditas del zapato usado. Tomemos en las manos cualquier calzado viejo. Notaremos cómo sus bordes se han ido deformando. ¿O se han ido formando? Los pliegues interiores, el declive en algunas secciones de la suela, el desgaste singular del tacón, el apenas perceptible abultamiento de la piel en ciertas latitudes. El zapato habla de la intimidad de la persona. Revela, de una manera misteriosa, su secreto. Pocos objetos son tan humanos como un zapato usado. Será quizá porque la singularidad de sus accidentes geográficos denota la individualidad del alma. Por eso el dicho aquel de “saber uno dónde le aprieta el zapato” se refiere al hecho de conocer sus debilidades, sus limitaciones.

Los zapatos usados demuestran que somos irremplazables y hacen recordar algo que escribió el filósofo Schopenhauer: “El profundo deber que nos hace sentir la muerte de un amigo proviene del sentimiento de que en cada individuo hay algo indefinible, propio únicamente de él y, por consiguiente, absolutamente insustituible”.

Cuando nos quitamos los zapatos sentimos el descanso de aquél que no tiene que asumir una postura, nos abandonamos a nuestra biología, no nos importa confundirnos con el otro. En Oriente, los zapatos se dejan a la entrada de los templos: descalzos somos iguales ante Dios, y más humildes. La muerte nos quita los zapatos: entregamos los tenis y con ellos todo lo que nos dibujó sobre la Tierra.

Podríamos pensar que la identidad está asociada al rostro, a la fisionomía. Es cierto, pero no del todo. Eso que nos hace ser quienes somos a diferencia de los demás (temores, gustos particulares, experiencias, dolores, fracasos, aspiraciones) no siempre se adivina en el rostro, pero con toda seguridad se revela en los zapatos.

## Álbumes familiares

Los álbumes familiares son un venero de tiempo. Cuando abrimos sus páginas y miramos las fotografías, rememoramos. No volvemos a vivir la experiencia; el sentimiento es diferente. Hay siempre un velo de nostalgia entre nuestros sentidos y la imagen; una niebla que no se ve, pero que se siente en el cuerpo. Cuando vemos esas fotografías nos acompaña la ausencia. Viajes, ceremonias, escenas cotidianas, fiestas, aventuras,

despedidas, fragancias, texturas, sabores, melodías que regresan cuando miramos un paisaje o rescatamos un gesto que habíamos olvidado, pero que se quedan ahí, del otro lado de la impresión, pequeños y lejanos, inaccesibles. Ciertamente: al verlos reconstruimos la vida, son cofres donde hemos guardado el tesoro vibrante de los instantes, pero nunca accedemos a su centro. Cuando los cerramos, nos quedamos con el suave dolor de la distancia.

## Juguetes

Un juguete es un abismo. El niño cae en él sin que nada ni nadie pueda detenerlo. Pozo sin fondo al que se arroja voluntaria y ávidamente como el suicida que alcanza el éxtasis con la muerte. El adulto que mira un juguete todavía siente el vértigo: abandonarse al ciclón de la imaginación y el olvido. Porque el juguete es una llave. Con él se deja un mundo y se abre otro. Por medio de sus túneles secretos accedemos a la historia sin tiempo, a la geografía cuyo mapa se dibujó en los talleres cartográficos del sueño. En su universo podemos serlo todo: caballeros andantes, exploradores del cosmos, madres omnipotentes, doctoras en la selva. El juguete es una palabra mágica hecha objeto. Al tocarla lo real se disuelve. Con las pupilas dilatadas, los niños ven llanuras, ríos caudalosos que los adultos ignoramos. Todos recordamos alguno al que nos asimos como si fuera el último resguardo de la guerra, y cómo sufrimos el día que lo perdimos. La relación con el juguete anticipa el amor: dejarlo todo, naufragar en el otro, arrojarnos al encuentro aunque luego tengamos que morir.

Un niño y su juguete es un cuadro sagrado. Veneramos en él la inocencia del alma, la candidez que se abre como una rosa frágil, la pasión que se gesta en la carne más tierna. Un niño y su juguete nos recuerdan, nos avisan, nos revelan lo efímeros que somos.

Tener un juguete en las manos es manejar al antojo montañas, vías del tren, ciudades y destinos. Los niños son dioses que crean con todo el cuerpo. Los dedos manipulan, los ojos alucinan, el corazón se agita, el estómago se tensa, los oídos escuchan lo que la boca inventa: ¡paff!, ¡puijjj!, ¡fumm! Un juguete es un compañero que jamás traiciona; lo llevan a la escuela, de paseo, en las noches lo abrazan para viajar con él. Es una liebre tibia que late en las manos y nos lame con su lengua el corazón. Es también una metáfora de su dueño. En él el niño se cuida, se acuna, se protege. En él vence al peligro de la vida; se ama como quisiera que los demás lo amaran. Porque el juguete es sobre todo eso: un espejo.

## El espejo

Reconocerse y desconocerse al mismo tiempo, es la paradoja del espejo. Ante él, somos siempre el mismo y otro. Desde pequeños hemos acudido a sus aguas clarividentes para delinear nuestra existencia. El espejo nos ha revelado rasgos, actitudes, gestos, posturas. Sin embargo, cuando en él nos vemos, somos invadidos por el asombro y la sorpresa. La

imagen de nosotros mismos que llevamos en la memoria nunca coincide plenamente con la que descubrimos del otro lado del azogue.

Mirar la propia mirada: acto extraño y cotidiano. Ver que nos vemos despersonaliza a la vez que otorga identidad. Ser uno y el otro, cuerpo y sombra, presencia y ausencia. Mirarnos en el espejo es asistir a un acto ajeno. La fuente del ser surge del centro. Si la voz interior aglutina, la mirada que nos mira fragmenta pero al mismo tiempo describe, delimita, dibuja con perfección y eficacia. Cuando asomamos al espejo hacemos un viaje hacia el afuera, nos separamos del núcleo, nos despedimos.

Pero también nos acercamos. El espejo devela el inconsciente: esa zona secreta y misteriosa a la que no tenemos acceso, el individuo que albergamos sin nunca conocer del todo.

En el espejo vemos la pieza de tiempo que somos. Si la eterna juventud se encuentra adentro, en el alma que desea y es siempre inmadura, el espejo nos confirma que la carne muda de estación, que seguimos siendo los convidados de la muerte.

Superficie y hondura; plano y profundidad; el espejo es el objeto que refracta todo lo que recónditamente contiene. Del espejo, por veraz, sólo puede surgir el espejismo.

## La ventana

Mirar por la ventana es un acto dilatado. Cuando lo hacemos, dejamos que, sin prisa, las imágenes del mundo externo se filtren por los ojos e invadan el alma. Hay un abandono, dejarse ir, perder la consciencia en eso de mirar hacia afuera. -¿A dónde te fuiste?-, es probable que nos digan, porque es cierto, iniciamos una huída. También interrumpimos el lazo con el tiempo, como si en la ventana, o más allá, hubiera un espacio atemporal o eterno donde por un lapso uno se refugiara.

Disociados, ciertamente dejamos de ver lo de adentro para percibir lo de afuera: un jardín, la calle, un trozo de cielo. Pero también, en ese mirar afuera, accedemos a imágenes internas. Como si alejar la vista en el horizonte nos permitiera ponernos en contacto con una parte muy profunda de nosotros mismos. Entonces, ¿hacia dónde se abre la ventana?, ¿hacia afuera o hacia más adentro del adentro, hacia el lugar de los sueños y los deseos?

Los signos fisiológicos de alguien que mira por la ventana cambian: las pupilas se dilatan, la respiración se hace más lenta, más profunda, los músculos se relajan, el corazón se aquieta. El que mira, observa los tonos de la luz, atiende al movimiento de las hojas de los árboles, mira a las personas que pasan allá afuera tocadas por una magia singular. Los objetos -coches, cables, antenas- adquieren, cuando se les mira por la ventana, una existencia sugestiva.

La ventana es un límite. Aun cuando está abierta, el marco nos indica que no estamos afuera todavía, que eso que vemos, aunque está ahí, sigue siendo lejano. Lo que miramos por ella es una escena, un mundo que se revela ante nosotros pero que no es totalmente nuestro. Paradójicamente, ese límite dice que es posible franquearlo, que no hay nada más que viento entre los anhelos y los diversos ámbitos externos y, por lo tanto, internos. La ventana le otorga una estructura geométrica a la libertad.

## La lámpara del buró

La lámpara del buró entiende de sentimientos. Cálida y oportuna, alumbrando pero no deslumbrando. Desvanece las sombras excesivas, respetando aquellas que nos sirven para acompañarnos de recuerdos o para indagar en los recovecos de la reflexión. Es un pequeño sol que hace del cuarto su íntimo sistema planetario. La medicina, el vaso de agua, el libro que leemos antes de dormir, los muebles de la recámara, los muros, se tiñen de su amorosa gracia.

Cuántas veces, cuando la luz natural comienza a extinguirse porque el día muere, y sentimos esa cotidiana agonía, cuando algo de nosotros se esfuma con los últimos tonos ocre de la tarde -a punto de apagarnos y disolvernarnos en la noche que es la gran ausencia- la luz de la lámpara nos salva del naufragio. Con sólo un toque, el mundo se vuelve nuevamente lo suficientemente anaranjado para ser habitable.

La lámpara sobre la mesa de noche hace las veces del fuego de los hombres primitivos. Gracias a ella dominamos a los monstruos interiores y exteriores. Es fiel la lámpara. Nos acompaña sin robarnos la soledad. No es tan alegre como la luz neón de los supermercados, no ríe a carcajadas. Sonríe y está presente. Sigue nuestras lecturas con el interés de un buen amigo. Matiza nuestro cuerpo con la suavidad de un buen amante. Nos rescata a media noche de las pesadillas como una buena madre.

Cuando desde la calle miramos que una ventana se ilumina con la luz de una pequeña lámpara, nos llega una certeza: alguien habita ese rincón del mundo. Alguien vibra, siente, pulsa bajo esa luz que se sostiene como un pequeño incendio contenido.

Como los cirios en los templos, la luz del buró vuelve sublimes los espacios interiores y le otorga sentido a nuestra frágil existencia.